

ENCUENTROS



*El milenio de
los pueblos: el legado
de Juan y Eva Perón*

Conferencia de

Juan E. Corradi

36.9
823



EL MILENIO DE LOS PUEBLOS: EL LEGADO DE JUAN Y EVA PERON

Juan E. Corradi

Si el milenarismo es el anuncio del fin de una era, la predicción de catástrofes, la promesa de un juicio y el advenimiento de la redención—doctrinas todas estas expuestas por los dirigentes religiosos que aparecen en épocas extraordinarias y de tribulaciones—, gran parte del legado del peronismo es, a no dudarlo, milenarista.¹

La presencia física de Juan y Eva Perón dominó la política argentina y revolucionó a la sociedad argentina desde 1943 hasta los años cincuenta. Su ausencia física (Eva Perón murió en 1952 y Juan Perón comenzó 18 años de exilio en 1955) continuó dominando la política argentina hasta mediados del decenio de 1970. Durante tres decenios, Perón fue el auténtico árbitro—el *magister ludi*—de todo el acontecer político. Por más de cuatro decenios, la sociedad creada por el peronismo, aunque inviable, se negó a

desaparecer. Lo que el gran historiador argentino Tulio Halperín Donghi denominó “la larga agonía” de la Argentina peronista² persistió hasta la hiperinflación de 1989. Paradójicamente, el retorno electoral del peronismo al poder en ese mismo año asestó el golpe de gracia a esa sociedad.

Es verdad que se buscarán en vano indicios de fanatismo o frenesí milenarista en un jefe militar cuya principal preocupación eran el orden y la obediencia. Las ideas de Perón eran, en realidad, como dijo otro gran historiador argentino, José Luis Romero, “una ideología de estado mayor”. Perón no se consideraba un mesías, sino más bien un político hábil que siempre se las ingeniaba para aparecer *por encima* de la política. Perón hizo suyo el dicho de Napoleón Bonaparte de que “los principios son excelentes, pues no comprometen a nada”.

Esta conferencia fue pronunciada en el Banco Interamericano de Desarrollo el 15 de noviembre de 1996 en el marco de la Serie de Conferencias del Centro Cultural del BID. Dicha conferencia forma parte de una serie sobre el pensamiento y la acción milenaria en América Latina, desarrollada en colaboración con el Institute for the Advanced Study of Culture.



Perón presidió la más grande corriente de democratización de la Argentina moderna. Sin embargo, no hizo de la democracia el fundamento de su legitimación como gobernante. Su legitimidad se basó en su convicción—compartida por sus numerosos seguidores—de que poseía una capacidad innata e inefable y, por ende, insustituible para interpretar y dirigir lo que él y Eva llamaron “la gran masa del pueblo”. La democracia era sólo uno de entre varios medios de lograr el poder y, cosa aún más importante, la confirmación *ex post facto* de su superioridad carismática³. Este concepto de la fuente y la justificación del poder tenía sus raíces en los caudillos y hombres fuertes del siglo XIX y quizás también orígenes más remotos en la historia española. Su precedente inmediato fue el liderazgo igualmente carismático del primer caudillo de la democratización, Hipólito Yrigoyen, que construyó un aparato político moderno e imbatible, imbuido no obstante de un sentimiento extrademocrático de misión redentora, una cierta pretensión de superioridad moral que llevó a ese caudillo, en su juventud, a promover numerosos golpes, revoluciones y conspiraciones cuando así convenía a sus objetivos.

Esto nos lleva a una importante paradoja de la política argentina y latinoamericana. La democracia puede ser patrocinada, promovida y ampliada *dentro de* una cultura no democrática. Al pueblo se le puede dar una voz, incluso una voz potente, junto con derechos civiles, políticos y económicos, a condición de que esa voz esté hábilmente orquestada en forma

de coro. Esta inquietante posibilidad no fue prevista por los teóricos y críticos de la democracia en el siglo XIX. La sombría premonición de Alexis de Tocqueville acerca de la “tiranía de la mayoría” todavía contemplaba un gobierno del pueblo y para el pueblo, inspirado por la experiencia de la joven república de los Estados Unidos de América. La percepción más sombría de que la democracia moderna puede convertirse en una técnica de manipulación de las masas (en las palabras de Jorge Luis Borges, en un “abuso de las estadísticas”) sólo aparece a principios del siglo XX en la lúcida mente del sociólogo alemán Max Weber, que habló claramente de los peligros de una “democracia plebiscitaria subordinada al *Führer*”. En el siglo XX, la tiranía de la mayoría se convertiría en la movilización de la mayoría al servicio de la tiranía. Las democracias plebiscitarias subordinadas a líderes no se sustentan en partidos, sino en movimientos. Como en esos sistemas la democracia no es la fuente o el principio de legitimación, no existe una capacidad para conferir respeto por los opositores.

Una democracia subordinada al carisma está sujeta a la inestabilidad del carisma como forma de autoridad. La inestabilidad de la autoridad carismática obedece a varias razones, en particular cuando se la compara con otras formas de autoridad (tradicionales o jurídicas). Primera, el carisma no se presta fácilmente a la institucionalización, esto es, no se puede replicar, legar o heredar de manera fiable. Segunda, el carisma priva de legitimidad a otras formas de autoridad. Aparece como una ruptura en la continuidad de la

tradición, pues consigna las prácticas antiguas al basurero de la historia y socava la autoridad jurídico-racional de la democracia moderna, ya que se rehúsa a considerar que es otra cosa que un medio de seducción y un instrumento de confirmación de su propia superioridad. Tercera, los movimientos carismáticos son monolíticos y, de resultas de ello, privan de toda función legítima a sus opositores. La cuarta y última razón es que los líderes carismáticos consideran que el conflicto es un peligro y confunden conflicto con violencia. De ahí que los líderes carismáticos caigan fácilmente en un ciclo de provocación y retribución. La violencia es el efecto de considerar que el conflicto es una amenaza. Confirma un viejo teorema sociológico que dice que cuando los hombres definen las cosas como reales, las cosas pasan a ser reales en sus consecuencias. En lugar de dar cabida al conflicto e institucionalizarlo, los regímenes carismáticos tienden a negarlo y a menudo lo convierten en una forma clandestina de violencia. El conflicto se transforma en un secreto sucio y en una guerra sucia entre facciones misteriosas ⁴.

Es obvio que Perón no inventó la dominación carismática. Tampoco fue el peronismo el primer movimiento político que la introdujo en la Argentina. Perón, en realidad, continuó y amplió una larga serie de movimientos carismáticos y dejó como secuela una legión de experimentos carismáticos a cual más extremo, cuyo paroxismo se manifestó en los decenios de 1970 y de 1980 en la forma de terrorismo, guerra sucia y terror de Estado. Lo específico del peronismo radica en tres aspectos: primero,

representó una movilización masiva, sin precedentes, de trabajadores hasta entonces políticamente pasivos. El sociólogo italo-argentino Gino Germani denominó "movilización primaria" a este fenómeno para diferenciarlo del fascismo europeo⁵; segundo, el peronismo produjo una revolución social en la Argentina, esto es, un cambio fundamental en las relaciones sociales; tercero, la revolución peronista dio lugar a un nuevo orden o formación social, que resultó tan durable como inviable. Esta formación social fue corporativista, estatista, proteccionista, aislacionista, inclusiva e introspectiva, bajo la égida de una autoridad inestable. Hoy, bien podríamos escribir así su epitafio: "*Sociedad peronista—1946-1989. Tras larga enfermedad, falleció de hiperinflación*".

A la luz de esta evolución, la paradójica peculiaridad del peronismo es que pudo construir una estructura muy sólida, aunque disfuncional, sobre un cimiento somero y un momento efímero de expectativas apocalípticas. En el decenio de 1940, Perón creó su movimiento en la expectativa de una reanudación inminente de las hostilidades entre los antiguos aliados de la Segunda Guerra Mundial. Perón quería preparar a la Argentina para que, conforme a su tradición, se mantuviera al margen de la Tercera Guerra Mundial, se beneficiara de ella, como se había beneficiado de las guerras mundiales anteriores y, por último, se embarcara en una trayectoria de desarrollo que representaría una "tercera posición" o síntesis entre el capitalismo y el comunismo. Esa hipótesis milenarista nunca se materializó. En



cambio, el Armagedón se transformó en una posibilidad latente en el contexto de una Guerra Fría estable y generalmente próspera, en la cual la Argentina fue quedando progresivamente rezagada.

Los primeros indicios de esa falta de viabilidad se pudieron observar ya durante la primera presidencia de Perón. La “larga agonía” descrita por Halperín adquirió entonces dinamismo y fue cada vez más irregular con el correr del tiempo, particularmente después de que Perón fue derrocado en 1955. Durante veinte años, la sociedad argentina se fragmentó cada vez más. Cada fragmento, sin embargo, tuvo poder suficiente para resistir los ataques de los demás, y la sociedad argentina entró en un ciclo interminable de vetos recíprocos, seguidos por una pauta de crecimiento errático e inflación exacerbada, inflación que fue a la vez la consecuencia de la encrucijada social y la arena en la que se libraron contiendas distributivas cada vez más enconadas ⁶.

La lucha social, intensa e inconclusa, se agravó debido a la total ilegitimidad del acaecer político. La política argentina se metamorfoseó en una caótica sucesión de golpes, regímenes militares, regímenes civiles pseudo o semi-democráticos, tentativas revolucionarias y terrorismo de abajo y terror de arriba. La ilegitimidad pasó a ser la norma, porque cada grupo de interés, partido, institución y camarilla tenía un método diferente y un recurso distinto para proteger o promover sus intereses. No había reglas comunes del juego, acuerdo respecto de los límites del conflicto o paridad en los medios. Cuando cualquier cosa es aceptable, nada funciona,

nadie está satisfecho y uno mira al otro como si fuera un extraño. Bajo el imperio de una “norma de ilegitimidad” tan perversa, nadie cree en lo que dicen los demás ni tampoco toma nada por su valor nominal. El discurso político se convierte en un mundo de disimulación e interpretación bizantina. Se “lee entre líneas”. La “norma de ilegitimidad” es la semiótica del cinismo. Otra forma de imaginarse este mundo hobbesiano es pensar en un gran baile de máscaras, en el que nadie sabe las intenciones que se ocultan detrás de cada máscara ni tampoco sabe si los invitados ocultan armas bajo sus disfraces. En última instancia, la Argentina cayó en un mundo hobbesiano de guerra de todos contra todos o, para decirlo con más precisión, en una guerra librada por todos los grupos de intereses contra todos los demás. En ese reino hobbesiano imperaban la irracionalidad, las pretensiones carismáticas y las nuevas fantasías milenaristas. El resultado fue una cacofonía de voces que a menudo resultaba alucinante. Como en todas las situaciones hobbesianas, la combinación argentina de una sociedad paralizada con una política salvaje hizo nacer, en última instancia, un profundo anhelo de orden y tranquilidad.

En esta perspectiva, se puede decir que, desde 1946 hasta 1989, la Argentina sufrió a causa de una plétora de aventuras milenaristas. La política se convirtió en un dominio pseudo sagrado de violencia, pasión y redención. Sólo un leviatán surgido del mar habría podido sacudir a esta sociedad desenfundada y domeñarla, saciando así su anhelo, cada vez menos velado, de paz y normalidad e incluso de

mediocridad rutinaria.

La experiencia argentina en ese largo período no condice con las interpretaciones convencionales del carisma y del milenarismo que brindan las ciencias sociales. La bibliografía sobre el milenarismo y el carisma adolece, a mi juicio, de un sesgo romántico. Acaso el principal responsable de esta situación sea Max Weber mismo, pues para él el liderazgo carismático prometía una liberación del tedio de la burocracia, de rutinas sociales que para él habían llegado a ser demasiado previsibles. Weber nunca pensó en la situación opuesta, en la que un número excesivo de experiencias carismáticas dejan a la gente tan alienada y agotada que hasta la banalidad de la vida cotidiana parece una panacea. Esa gente anhela liberarse de lo excepcional, lo mágico, lo encantado, lo sublime y lo asombroso. Desea ser salvada de la salvación y de los salvadores de toda estirpe.

La profunda búsqueda de la normalidad impuso a los argentinos la carga de un régimen militar (el instalado en 1976) en la esperanza de que sería el leviatán largamente esperado. Sin embargo, como sabemos, y como ya lo he analizado en otra parte, en lugar de un leviatán advino un mastodonte. Recibieron una dosis más de caos perverso: no un Estado fuerte y severo, sino una forma de terror de Estado que se salió de madre y que con excesiva frecuencia sirvió para encubrir actos banales y mezquinos, es decir, actos de delincuencia común. El leviatán advendría diez años después, en la ola de hiperinflación. Sólo entonces expiró la vieja Argentina. La extraña coincidencia de la

hiperinflación argentina con el fin de la Guerra Fría hizo que 1989 fuera el año decisivo del siglo XX también para este remoto país.

Con el fin de la Guerra Fría, la democracia política y la economía de mercado libre se convirtieron en la única opción posible. En América del Sur, la Argentina fue precursora de la salida del autoritarismo y de la transición a las elecciones libres en 1983. Se creó entonces un régimen bipartidista en el cual los radicales detentaron el poder por seis años, sucedidos por los peronistas en 1989. La tarea histórica de restaurar los principios democráticos por tanto tiempo pisoteados recayó en los radicales. En los peronistas recayó el desafío igualmente formidable de la renovación económica. No fue sorprendente que los radicales, de inspiración cívica, personificaran las aspiraciones democráticas tras los desastres del decenio de 1970 y de principios del decenio de 1980. Tampoco sorprendió que, una vez en el poder, sufrieran los efectos de la sedición de los autoritarios desplazados. Forjaron avenencias y la joven democracia pudo sobrevivir. Sin embargo, los radicales—como muchos antes—heredaron también la sociedad y la economía inmanejables que les había legado el peronismo. Como muchos antes, los Radicales no pudieron ni dismantelar ni administrar esa herencia. Al igual que en una mansión victoriana malamente restaurada, los arreglos provisionales se vinieron abajo. Hubo un colapso económico, se desató la hiperinflación y el partido de principios democráticos fue desalojado del poder en forma democrática, pero sin



miramientos, en favor de lo que pareció inicialmente una reedición del antiguo populismo peronista.

¿Cuál fue la secuela de la república intermitente heredada del peronismo? La hiperinflación fue algo más que la némesis de Alfonsín: fue también el estertor de muerte del antiguo régimen en su totalidad. Lo que ocurrió después es bien sabido. Para gran sorpresa de todos, el Presidente peronista, Carlos Saúl Menem, echó por la borda los viejos símbolos de la economía dirigista y demagógica en favor de la estabilidad monetaria, la privatización en gran escala, la reducción de los aranceles aduaneros y la integración en la economía mundial. Ensayó varios equipos económicos hasta que encontró al Ministro de Economía Domingo Cavallo, el hombre justo para la función.

La historia del renacimiento económico de la Argentina, la reelección de su Presidente y las dificultades más recientes del país están todavía frescas en nuestra memoria. También lo están algunos de los costos humanos que la Argentina comparte con otros países latinoamericanos: el desempleo, las disparidades de ingresos y de oportunidades y la pobreza⁷.

El estilo pintoresco de gobierno y la degradación de la calidad de la democracia argentina bajo los peronistas de hoy también fueron objeto de atención por parte de la prensa mundial. Sin embargo, no se ha comprendido igualmente bien la dinámica social, psicológica y política que sustenta la transformación de la Argentina en este milenio posmilenarista.

El primer punto es simple y en modo

alguno se aplica exclusivamente a la Argentina. Las reformas económicas competentes producen dividendos políticos. Desde esta perspectiva, el capitalismo y la democracia parecen ir de la mano. La destrucción del dragón inflacionario y la combinación de la estabilidad con el crecimiento dieron a Menem la oportunidad de ser reelegido por un segundo mandato presidencial, más breve, al amparo de una Constitución reformada para atender parcialmente a sus designios. Esto es cierto, pero superficial. A la luz de lo que he explicado antes acerca del peronismo, la realidad subyacente no es tan sencilla.

Desde la restauración de la democracia en los años ochenta, las reformas económicas han sido impuestas a la Argentina por la gravedad de las crisis y, sobre todo, por la necesidad ampliamente reconocida de poner fin a una inflación galopante. Con todo, si bien la consolidación de la democracia conllevó una más amplia participación ciudadana, las emergencias económicas exigieron la concentración del poder, de modo que las autoridades pudieran actuar con celeridad. En esas circunstancias, todo gobierno libremente elegido debe navegar por un estrecho flanqueado por el compromiso democrático en una ribera y la tentación autoritaria en la otra. Cuando el gobierno es peronista, se vuelven a sentir los viejos reflejos carismáticos del cesarismo.

Cuando Menem fue elegido por primera vez, el proceso democrático puso una vez más en el centro de la vida pública a una peculiar cultura política que, a mi juicio, mal se compadece—como lo postulé al principio de esta conferencia—con el

ejercicio de la moderación que impone un sistema pluralista. El ejercicio del poder por parte de Menem, aunque justificado a veces por las emergencias económicas, no ha sido ejemplar desde el punto de vista de la virtud republicana. Está, sin embargo, en consonancia con la tradición peronista del “liderazgo”: personal, carismático y jerárquico. Y esa tradición es una versión de una cultura más general de liderazgo en América Latina. Ese *Führerprinzip* caracteriza al comportamiento peronista en todos los niveles de la vida política: desde los sindicatos, pasando por los gobiernos municipales y provinciales y el Congreso, hasta la presidencia misma. Ha habido, en verdad, un trueque entre los componentes liberal-democrático y peronista de la cultura política. Cuando era partido de oposición, el peronismo aprendió a adaptarse a las reglas del juego pluralista. Desde que el peronismo retornó al poder y restauró en alguna medida la confianza económica, la democracia ha perdido gran parte de su autoridad política y del orgullo republicano que millones de argentinos manifestaron hace un decenio.

Aun que no han tenido escrúpulos en desmantelar la sociedad que otrora construyeron Juan y Eva Perón, los peronistas no han perdido los hábitos políticos introducidos por Perón y magistralmente expuestos en la obra del general titulada *Conducción política*⁸. Cuando tenemos presente esta distinción, la expresión “peronismo de mercado libre” deja de ser un oxímoron.

Acaso recuerden ustedes la forma en que, a pocos meses de asumir su primera presidencia, Menem forzó una dramática

ruptura con la antigua opinión ortodoxa de la política argentina: los programas de protección social, la intervención del Estado y el proteccionismo arancelario que Juan Perón había promovido. Tras decenios de aislamiento, la Argentina se unió al mundo libre, no como el bastión de adusto anticomunismo que había pretendido ser, sino como una sociedad abierta, aunque desarticulada.

El radical cambio de política económica de Menem entonces y ahora su radical cambio de política frente a los sindicatos son heterodoxos para un peronista, pero no carecen de precedentes en nuestros días. Bien podríamos mencionar otros cambios radicales de política similares en todo el mundo, desde Madrid a París, pasando por Washington, e incluso podríamos mencionar algunos cambios radicales de postura en la misma biografía política de Perón. Con el fin de la Guerra Fría y la mundialización sin trabas, el “espíritu de los tiempos” es más fuerte que la ideología tanto en los países centrales como en los periféricos. Ningún dirigente político escribe hoy su propio libretto económico.

Las fuerzas del libre comercio, la Internet y el movimiento casi simultáneo de ideas, recursos financieros e información han hecho que las promesas de los políticos parezcan vacuas o carentes de pertinencia. La naturaleza, la fuente y la dirección del liderazgo, por lo tanto, están en crisis en todo el mundo. La sustancia ha sido reemplazada por el estilo y las encuestas y los estudios de mercado “muestran el camino” a quienes deberían poseer visión.



Sin embargo, las innovaciones sustantivas introducidas por Menem sólo tuvieron repercusiones menores sobre el comportamiento político de sus seguidores incondicionales. En los pasados diez años, los votantes peronistas se han mantenido en un nivel notablemente estable: del 36 al 38% del total. Hasta fecha reciente eran leales a Menem. Los cambios de apoyo político se produjeron en los votantes no peronistas, que alternativamente dieron respaldo al Partido Peronista gobernante o se lo retiraron. La moraleja es evidente: a pesar de nuevas políticas y alianzas, muchos peronistas siguen considerando que un hombre como el Presidente Menem es uno de los suyos. Ello significa que la identidad política del peronismo no está basada en programas y medidas o en la distribución de favores económicos, sino en los intangibles de la memoria colectiva, el estilo de liderazgo y la cultura popular. La unión de profunda lealtad y pragmatismo y de carisma y oportunismo fue un atributo del movimiento peronista desde el principio. Perón lo reconoció y lo ensalzó y también se explayó por escrito al respecto. El legado pervive. El interrogante que aún subsiste es el siguiente: ¿Cómo puede este legado producir otra cosa que no sea respaldo político a este u otro gobierno?—algo así como una respuesta adecuada a los desafíos sociales que impone la mundialización, un nuevo derrotero de desarrollo después de los ajustes estructurales.

Las reformas instituidas en la Argentina en los últimos siete años tienen tres dimensiones bien perfiladas: el éxito macroeconómico, el penoso ajuste social y

la ansiedad fiscal. En primer lugar, hubo un momento brillante de estabilidad, baja inflación y elevada tasa de crecimiento. Entre 1991 y 1994 el país logró extraordinarias tasas acumulativas de crecimiento. Sin embargo, paralelamente a este éxito hubo otra faceta triste de penuria y dolor, que se advierte de manera más pronunciada en el interior del país. Los ajustes locales a las publicidades políticas estructurales mostraron un panorama de desempleo, insolvencia, pobreza y pronunciada desigualdad regional. Se desmoronaron muchas estructuras antiguas cuya supervivencia dependía de una economía cerrada, tasas elevadas de inflación, subvenciones estatales y evitación de la fiscalidad. Ese colapso dejó tras de sí bastantes víctimas en los escombros y creó pueblos fantasmas en las provincias. Hay, además, una tercera vida, aún más abstracta, en la Argentina: el mundo de las cuentas nacionales, un mundo en el cual los compromisos financieros van en aumento, pero las rentas se rezagan. Este mundo abstracto de problemas fiscales puede ser también un mundo de angustia y desesperación. Después de la primera ola de privatizaciones y de auge bursátil, las cosas son ahora más difíciles. Para equilibrar el presupuesto, el Gobierno central tendría que reducirse y decir que no a grupos como los jubilados, los gobiernos provinciales y los empleados de gobierno, incluidas las Fuerzas Armadas que ya no son lo que antes eran. El éxito macroeconómico, el penoso ajuste social y la ansiedad fiscal son, pues, las tres experiencias contradictorias de las reformas recientes. La posibilidad de experimentación es exigua y

los argentinos tienen ante sí estos interrogantes: ¿Podrá la Argentina superar esta situación contradictoria? En caso contrario, ¿volverán los fantasmas del pasado a inquietar nuevamente al país? Los elementos de una respuesta, claro está, tienen que suministrarlos los argentinos mismos, pero nosotros podemos ahora mencionar algunos de esos elementos.

El "milagro" argentino inicial fue una combinación de estadísticas favorables sobre la gestión económica, con sólo una percepción superficial de los daños colaterales. El milagro, si lo hubo, radicó en la singular combinación de políticas económicas modernas con políticas populistas y de eficiencia con caudillismo. Como otros dirigentes latinoamericanos, al fin de su primer mandato, Menem no estaba seguro de si sus reformas eran o no irreversibles. Entre esa incertidumbre y una gran ambición, Menem, como otros en similares apuros, estaba sumamente interesado en la reelección. Para ello había que reformar la Constitución, resultado que se obtuvo gracias a una serie algo tortuosa de pactos con la oposición. Ello causó más confusión en una sociedad ya confundida. ¿Sirve este tipo de liderazgo para consolidar la democracia o se ha adaptado la democracia en beneficio de un dirigente? La ambigüedad, bien conocida en la Argentina peronista, trasciende, con todo, sus fronteras. Está en el núcleo mismo de las reformas en la mayor parte de América Latina. Cabe preguntarse si las reformas macroestructurales recientes son esencialmente una póliza de seguro para los políticos o si ponen de manifiesto un serio compromiso con un nuevo orden social y

económico.

A veces las reformas se invocan como pretexto para restringir y no para fortalecer a la democracia. Sobre la Argentina penden dos imperativos yuxtapuestos y lo propio ocurre con muchos otros países de la región. El primero de esos imperativos es cerciorarse de que las reformas estarán suficientemente protegidas de las presiones en favor de una distribución prematura de los dividendos y de que la alternancia democrática de los gobiernos no retrase el programa de reformas. El segundo es encomendar la acción política a hombres de Estado responsables, en lugar de dejarla librada a los caprichos de caudillos dentro de estructuras políticas extrañas: combinaciones, por partes iguales, de movimientos populistas y partidos políticos modernos.

Trece años de democracia en la Argentina no han producido todavía un sistema político maduro. Las tres elecciones presidenciales celebradas durante este período llevaron sí al poder a los dos grandes partidos políticos. Ello quizás haya hecho pensar a los observadores externos que el país había llegado por fin a una democracia moderna y bipartidista, pero no es así. En todos los casos, la elección se consideró más como el triunfo de un líder y de un movimiento que como la victoria de un partido y de un programa. En todos los casos, el triunfador, después de asumir funciones, abrigó fantasías de permanecer en el poder por tiempo indefinido y sucumbió a la tentación de ocupar todo el espacio político.

El hecho político más importante en la Argentina es que el peronismo ha



triunfado de manera consistente en las elecciones nacionales: en 1987, 1989, 1991, 1994 y 1995. Hoy día, el peronismo es la fuerza dominante en un sistema competitivo de varios partidos políticos. Ello no obstante, como en el pasado, fue algo más, un movimiento político hegemónico. El peronismo tiende a comportarse en el gobierno como si fuera un sistema político completo y autónomo. Mientras que los demás partidos o coaliciones sean débiles y tiendan a fragmentarse, esta creencia se reforzará. Sin embargo, ello significa también que el conflicto político, lejos de cesar, migra para detonar dentro del peronismo mismo. Las luchas por el control del movimiento peronista y del aparato político peronista son cruciales para el futuro político del país. Esta situación causa profunda inquietud, debido a que el peronismo tiene un pobre historial en la solución pacífica de sus querellas internas.

En cuanto a los partidos de oposición y a las coaliciones, los radicales, los partidarios del Frente y los peronistas antimenenistas se han opuesto a las políticas del actual gobierno. Ninguno de ellos ha producido alternativas verosímiles. Sin embargo, en la estridencia de la oposición, todos ellos, en uno u otro momento, han revivido los temas del viejo peronismo.

Hoy día, el gobierno peronista dirige un país que se está cansando de los costos humanos del ajuste. Es un gobierno en que la corrupción ha llegado a todos los niveles de la administración y que no se muestra especialmente motivado en la lucha contra la corrupción. Este gobierno representa un partido en estado de agitación por la suce-

sión presidencial, propenso a reactivar una irracionalidad siempre latente.

Juan y Eva Perón construyeron un sistema de asistencia social. El peronismo lo ha destruido. El movimiento que llevó a Juan y Eva Perón a las alturas del poder y que llenó las plazas y las calles de Buenos Aires con masas enfervorizadas de enfermeras, mecánicos y trabajadores de la carne esperanzados⁹ es sólo un eco distante en una era de fragmentación y comunicación mediada. El peronismo sobrevive como un mito flexible¹⁰ y como una cultura popular algo confundida, en la cual la sonrisa de Juan Perón se ha convertido por vía cosmética en la sonrisa—también fuertemente maquillada—de Menem y el rostro de Eva es ahora el de Madonna.

El legado de Juan y Eva Perón persiste ahora, no en la sociedad, porque el edificio institucional que erigieron se ha desmoronado, sino en los malos hábitos de la política, incluso bajo un régimen democrático. Otro aspecto más positivo de su legado está todavía a la espera de vindicación. Se trata del legado de la justicia social. El peronismo podría revivirse y madurar en la forma de un partido moderno si promoviera no sólo una economía moderna, sino también una sociedad justa, única condición que haría sostenible el desarrollo económico. Un nuevo compromiso de inclusión social podría marcar el abandono de los últimos vestigios del antiguo milenarismo y la asunción de las responsabilidades del verdadero milenio que se avecina.



NOTAS

1. Véase la obra clásica de Norman Cohn, *The Pursuit of the Millennium* (Nueva York: Harper Torchbooks, 1961); véanse también James West Davidson, *The Logic of Millennial Thought* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1977). El texto más analítico es de Enrica Tedeschi, *Per una sociologia del millenio* (Venecia: Marsilio Editori, 1989).
2. Tulio Halperín Donghi, *La larga agonía de la Argentina peronista* (Buenos Aires: Ariel, 1994).
3. La tesis clásica de Max Weber sobre el carisma como tipo de autoridad se expone en Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization* (Glencoe, Illinois: Free Press, 1947), pp. 324-326.
4. Analicé este fenómeno en "The Mode of Destruction: Terror in Argentina", *Telos* (No. 54, invierno de 1982).
5. Véase Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós, 1965).
6. Véase Juan E. Corradi, *The Fitful Republic: Economy, Society and Politics in Argentina* (Boulder y Londres, Westview Press, 1985).
7. He analizado estos acontecimientos en "Menem's Argentina, Act II", *Current History* (vol. 94, no. 589, febrero de 1995). Algunas de las observaciones que figuran en esta sección se han tomado de ese texto.
8. Juan Domingo Perón, *Conducción política* (Buenos Aires: Ediciones Megafón, 1982).
9. Véase Juan Carlos Torre, compilador, *El 17 de octubre de 1945* (Buenos Aires: Ariel, 1995).
10. Respecto de la notable supervivencia del mito y del renovado interés en sus protagonistas, véase: Tomás Eloy Martínez, *Santa Evita* (Buenos Aires: Planeta, 1996), y también su obra titulada *Las memorias del General* (Buenos Aires: Planeta, 1996). Para una biografía reciente de Eva, véase Alicia Dujovne Ortiz, *Eva Perón* (Buenos Aires: Aguilar, 1995).



Juan E. Corradi nació en Buenos Aires, Argentina en 1943. Recibió su licenciatura (1965), maestría (1967) y doctorado (1974) en sociología en la Brandeis University de Nueva York. Comenzó a enseñar sociología en la Universidad de Nueva York en 1971 y, tras desempeñarse como profesor visitante en la Memorial University del Canadá (1976, 1979 y 1984), la Escuela de Estudios Superiores de Ciencias Sociales de París (1978-1979 y 1993), la Universidad de California en Santa Cruz (1982) y el Centro de Estudios de Estado y Sociedad de la Argentina (1985), regresó a la Universidad de Nueva York, donde actualmente dicta la cátedra de sociología y es Decano Interino de la Escuela de Estudios de Posgrado en Artes y Ciencias.

Entre 1974 y 1977, Corradi fue Director del Centro de Estudios de América Latina y el Caribe de la Universidad de Nueva York, donde, de 1981 a 1988, fue el Coordinador de Miniseminarios en Sociología Europea. Actualmente integra la Junta Directiva de la Alianza de Defensa de la Selva Pluvial, es Vicepresidente de la Iniciativa de Desarrollo Sur-Norte y se desempeña en calidad de asesor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Es autor de numerosos artículos, capítulos de libros en colaboración con otros autores, críticas bibliográficas y conferencias. Entre sus libros se cuentan los siguientes: *Ideology and Social Change in Latin America* (en colaboración con June Nash y Hobart Spalding, Jr.), Nueva York y Londres: Gordon Breach Science Publishers, 1977; *The Fitful Republic: Economy, Society, and Politics in Argentina*, Boulder: Westview Press, 1985; *La Republica in Bilico*, Milán: UNICOLPI, 1988; *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America* (compilado juntamente con P.W. Fagan y M.A. Garreton), Berkeley: University of California Press, 1992. Actualmente está preparando un libro titulado *Imaginary Mimicries: Buenos Aires and Paris in the Belle Epoque*.

Otras publicaciones disponibles de la serie *Encuentros*:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
Diálogo con José Donoso, novelista chileno.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Conferencia de Germán Arciniegas, destacado historiador colombiano.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Conferencia de Rigoberta Menchú, líder indígena guatemalteca y Premio Nobel de la Paz en 1992. No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Conferencia de Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Conferencia de Annick Sanjurjo Casciero, historiadora paraguaya.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Conferencia de Alfonso Sastre, dramaturgo español.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Conferencia de Edward Villella, bailarín estadounidense y director artístico del Ballet de la Ciudad de Miami. No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Conferencia de Zee Edgell, novelista beliceña y autora de *Beka Lamb*.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*
Conferencia de Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga ecuatoriana.
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente y función en las artes de Japón*
Conferencia de Ann Yonemura, curadora norteamericana de arte japonés de las Galerías Freer y Sackler de la Institución Smithsonian. No. 10, marzo de 1995.

- *Hacia el fin del milenio*
Conferencia de Homero Aridjis, poeta mexicano y ganador del Premio Global 500 de las Naciones Unidas. No. 11, setiembre de 1995.
- *Haití: una experiencia de dos culturas*
Conferencia de Edwidge Danticat, novelista haitiana y autora de *Krik! Krak!*. No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*
Conferencia de Bernard McGinn, teólogo norteamericano de la Universidad de Chicago. No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad (siglos XVI - XVIII)*
Conferencia de Manuel Burga, sociólogo peruano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por el poder interpretativo*
Conferencia de Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la Universidad de Stanford. No. 15, marzo de 1996.
- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl.* Conferencia de David Carrasco, historiador norteamericano de la Universidad de Princeton. No. 16, junio de 1996.
- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*
Conferencia de Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame. No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
Conferencia de Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York. No. 18, noviembre de 1996.
- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
Conferencia de Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano. No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*
Conferencia de Roberto Sosa, poeta hondureño. No. 20, mayo de 1997.
- *Architecture as a Living Process*
Lecture by Douglas Cardinal, Canadian architect whose projects include Washington, DC's National Museum of the American Indian. No. 21, July, 1997.

- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
Conferencia de Daniel Catán, compositor mexicano cuyas obras incluyen *Florencia en el Amazonas*. No. 22, agosto de 1997.
- *Welcoming Each Other: Cultural Transformation of the Caribbean in the 21st Century*. Lecture by Earl Lovelace, Trinidadian novelist and winner of the 1997 Commonwealth Prize. No. 23, January, 1998.
- *De vuelta del silencio*
Conferencia de Albalucía Angel, novelista colombiana y pionera del posmodernismo latinoamericano. No. 24, abril de 1998.
- *How Latino Immigration is Transforming America*
Lecture by Roberto Suro, North American reporter for *The Washington Post*, and former Bureau Chief for *The New York Times*. No. 25, May, 1998.
- *The Iconography of Painted Ceramics from the Northern Andes*
Lecture by Felipe Cárdenas-Arroyo, Colombian archaeologist from the University of Los Andes in Bogota. No. 26, July, 1998.
- *Celebrating the Extraordinary Life of Elisabeth Samson*
Lecture by Cynthia McLeod, Surinamese novelist and author of *The High Price of Sugar*. No. 27, August, 1998.
- *Un país, una década*
Conferencia de Salvador Garmendia, escritor venezolano y ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura. No. 28, setiembre de 1998.
- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
Conferencia de Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Panameña de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española. No. 29, setiembre de 1998.
- *Made in Guyana*
Lecture by Fred D'Aguiar, Guyanese novelist and winner of the Whitbread First Novel Award, and the Guyana Prize for Fiction and Poetry. No. 30, November, 1998.

○ Versiones en inglés y en español

La Serie *Encuentros* es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.

